

Saludo Sr. Rector a Su Eminencia Cardenal Joseph Ratzinger, Sala de Consejo Superior, julio 12, 1988.

Al saludar en nombre de la Universidad a Su Eminencia el Cardenal Joseph Ratzinger, venido a nosotros en el curso de estas fiestas de nuestro año de Centenario, quiero que mis palabras sean la expresión del más cálido sentimiento de gratitud.

Sabemos de la pesada responsabilidad que él tiene en el gobierno de la Iglesia Universal, como Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, y, por lo tanto, cuán precioso es el tiempo que ha querido dedicarnos.

Conocemos la importancia de su labor como teólogo, y la profunda influencia que ha ejercido en una época de graves decisiones en la Iglesia. Su palabra, en temas de trascendencia tan grande como el que ha escogido abordar en esta tarde, constituye un verdadero regalo de notable valor para nuestra Universidad.

Pero de modo muy singular quiero agradecerle esta oportunidad que nos da, de manifestar una vez más nuestra inquebrantable fidelidad al magisterio del sucesor de San Pedro. En esta hora de inquietudes y dolores, quisiéramos que Su Eminencia llevara ante el Santo Padre, la ofrenda de nuestra filial devoción, y de nuestra determinación de servicio, en el seno de la única Iglesia de Cristo. Quisiéramos recordar y profundizar cada día en una mayor medida, en las enseñanzas pontificias sobre el sentido de una Universidad Católica, las que fueron reiteradas por el Santo Padre, en forma especialmente cariñosa, tanto en su inolvidable visita del año pasado, como en la Carta Apostólica con que se dignó honrar la celebración del día de la Universidad en este año del Centenario; enseñanzas en fin en cuyo cabal cumplimiento quisiéramos poner nuestro mayor empeño como la mejor manera de responder al espíritu de caridad en que nos fueron impartidas.

2

Esta presencia, tan querida, del magisterio del Papa entre nosotros, hace que en la visita de Su Eminencia resplandezca de modo muy particular el misterio de la comunión de la Iglesia, cuerpo de Cristo, a la que fuimos llamados por nuestro Padre común, y donde por la fuerza de Su Espíritu nos mantenemos unidos a aquellos a los que El ungió para confirmarnos en la fe, para mantener intacta la palabra de vida, para preservar e incrementar entre nosotros los dones preciosos de la unidad y de la paz.

Los cristianos podemos en verdad gloriarnos en el Señor de que la Iglesia esté dando ante el mundo, sin desfallecimiento ni temor el testimonio del carácter sagrado de la vida del hombre, y que haya enriquecido en nuestro tiempo al pensamiento humano para que no pueda olvidar esa verdad. Sabemos que Su Eminencia ha aportado una contribución de singular importancia al esclarecimiento y reafirmación de esta doctrina, y nos alegra profundamente la oportunidad de escucharlo sobre el tema.

En ese espíritu de gozosa pertenencia a la Iglesia, quiero asegurarle a Su Eminencia que su visita será recordada entre nosotros como un momento culminante en la celebración de nuestras fiestas jubilares.